

LA FRONTERA, CADA VEZ MÁS FINA, QUE SEPARA LA LITERATURA DEL PERIODISMO



Juan José Millás nació en Valencia en 1946, pero pocos años más tarde su familia se trasladó a Madrid. En su vida ha probado estudios como la Filosofía y trabajos como profesor, marionetista o interino en la Caja Postal. Al final encontró su auténtica vocación, que no es otra que ser escritor y periodista. Sus novelas han recibido premios como el Planeta de 2007 o el Nadal de 1990, mientras que por sus trabajos periodísticos recibió galardones como el Mariano de Cavia de 1999 o el Francisco Cerecedo de 2005. Él mismo considera que "todas las cosas que nos ocurren en la vida son resultado del azar; vivimos como si todo lo que hacemos fuera el resultado de una planificación, pero finalmente todo sucede de manera azarosa".

En la conferencia inaugural de la séptima edición de la Escuela Complutense de Verano, Millás habló sobre sus dos facetas creativas y elaboró un discurso en busca de las fronteras entre literatura y realidad. Comentó Millás que cuando imparte talleres a jóvenes periodistas siempre les lleva el cuadro de Magritte en el que aparece una pipa pintada sobre el rótulo "Esto no es una pipa". Como sabemos, los artistas de aquella época quisieron reflexionar sobre el arte y lo real, y con el cuadro de Magritte se apuntaba a que aquello no era una pipa, sino una representación de la misma. De acuerdo con Millás, lo mismo ocurre con el periodismo, "que no es la realidad, sino la representación de la misma".

En lo que se refiere a los recursos que utiliza un periodista, Millás no ve que existan diferencias de bulto con los que usa un novelista. Las fronteras se difuminan o incluso desaparecen. Preguntado por el supuesto empobrecimiento del lenguaje actual, el escritor considera que "el lenguaje es un cuerpo vivo que va cambiando y mutando; tiene sabiduría propia y no es de nadie, aunque siempre hay una tendencia por parte de todo el mundo a decir que el

LA PRINCIPAL DIFERENCIA QUE JUAN JOSÉ MILLÁS ENCUENTRA ENTRE EL REPORTAJE Y LA LITERATURA ES QUE "EN UN CUENTO TE PUEDES INVENTAR TODO LO QUE PASA Y EN UN REPORTAJE, NADA". ADEMÁS, MILLÁS CONSIDERA QUE LO QUE SUCEDE EN UN TEXTO LITERARIO ES NECESARIO Y LO QUE OCURRE EN LA REALIDAD ES CONTINGENTE

tiempo que a él le tocó vivir fue mejor. Para saber si es verdad, tendríamos que ver, con un estudio serio, con cuantas palabras se manejaba una persona normal en los años setenta, por ejemplo, y con cuantas palabras se maneja hoy. Si dijéramos que antes eran 1.000 palabras y ahora son 500 eso sería preocupante, pero esas afirmaciones no se basan en ningún estudio".

De vuelta a textos periodísticos que rompen la barrera entre novela y realidad, señaló *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez y *Un día de trabajo*, de Truman Capote. La principal diferencia que Millás encuentra entre el reportaje y la literatura es que "en un cuento te puedes inventar todo lo que pasa, y en un reportaje, nada". Eso sí, lo que es inevitable en periodismo es la selección de la información. Por ejemplo, de una rueda de prensa del consejo de ministros de los viernes ("uno de los actos más cochambrosos de la semana"), se seleccionará como mucho un 4 ó un 5 por ciento de lo que se diga. El criterio para seleccionar lo relevante es el del sentido, "aquello que puede ponerse al servicio del significado, sin importar lo periférico que sea".

Millás, amante de los diccionarios, las palabras y las piedras con forma de dedo ("Salgo a pasear mucho y descubrí paseando por un parque cerca de mi casa que hay muchas piedras con formas de dedos. Empecé a recogerlas y tengo una colección de piedras a las que me he entretenido dibujando uñas"), se reconoció además lector adicto del *Segunda Mano*. Según él es un periódico apasionante, hecho con el "mismo esquema mental que un periódico convencional; lo único que cambia es que la noticia no es *Se ha muerto el Papa*, sino *Vendo piso en Moratalaz*". Millás recordó el texto de algunos anuncios dignos de aparecer en un cuento de Cortázar: "Vendo bombona de butano vacía", "Cambio moto por algo" o "Viuda de militar vende colchón de matrimonio casi sin estrenar". Todos los anuncios de ese periódico, incluso otros con menos gracejo, le llevan a decir a Millás que el *Segunda Mano* tiene una enorme capacidad de reproducir la realidad y de aportar sentido, "y los seres humanos somos consumidores insaciables de sentido, así que esa debe ser la principal función que cumpla un periódico".

Teniendo claro que la frontera que separa literatura y periodismo cada vez se irá haciendo más fina, el autor de *El desorden de tu nombre* encontró otra diferencia, "y es que todo lo que sucede en la realidad es contingente, puede pasar o no, mientras que todo lo que sucede en un texto literario es necesario, si se puede quitar de un relato y este sigue funcionando, es que sobra".

EL ESCRITOR, GANADOR DEL ÚLTIMO PREMIO PLANETA, INAUGURÓ LA ESCUELA COMPLUTENSE DE VERANO

«La novela no se escribe a golpes de inspiración»

JUAN JOSÉ MILLÁS

Su conferencia, con la que da comienzo esta edición de la Escuela Complutense de Verano, versa sobre periodismo y literatura.

– Hay quien opta por estudiar periodismo para luego convertirse en escritor. Su camino ha sido el opuesto, de la literatura a los periódicos. ¿Cómo ha sido ese proceso?

– Yo llegué al periodismo tarde, cuando ya había publicado varias novelas y era conocido en ese ámbito. Con frecuencia me he preguntado por qué llegué al periodismo, que es una actividad que me apasiona. Creo que llegué tan tarde porque me producía mucho respeto y, en última instancia, mucho miedo. Trabajar en un periódico con una cierta regularidad implica un grado de disposición muy alto y estar siempre con los reflejos en forma y la guardia alta. Además, la actividad periodística me parecía muy envidiable desde que era pequeño y leía el periódico que había en casa, que era el diario *Ya*. Leía los artículos de fondo, que llamaban entonces, y siempre me parecía que a lo que más que se podía llegar en la vida era a firmar uno de esos artículos. Así que pienso que llegué tarde al periodismo porque siempre me infundía mucho respeto. Por eso me ha sorprendido que en las redacciones de los periódicos siempre haya personas que están soñando con escribir una novela que los libere del periódico. A veces por culpa de esa ambición no hacen bien su oficio de periodismo, ya que lo desprecian, y tampoco hacen bien la novela porque se ponen como condición el estar liberados.

– ¿Cree entonces que son dos oficios compatibles?

– No sólo eso, sino que se enriquecen. Pocas cosas mejores me han podido ocurrir en la vida que encontrarme con el periodismo. Fue un encuentro muy gozoso, un auténtico flechazo, que además ha tenido una evolución maravillosa. No podía imaginar, por ejemplo, que acabaría escribiendo reportajes, que es un género que me gusta muchísimo. Además me sorprende que se considere un género de juventud. Cuando a los 28 años al reportero le nombran jefe de sección ya deja de escribir, cuando en teoría el reportaje es un género de madurez porque exige que se crucen dos cosas: oficio y experiencia vital. Y eso sólo se consigue cuando uno es mayor. Creo que no me equivooco si digo que la única persona mayor que hace reportajes de manera regular en España soy yo. Eso me sorprende mucho porque es un género fantástico donde se aprende mucho y da muchas satisfacciones.

– En otros países, el reportaje sí se ve como una pieza de prestigio y lo escriben periodistas expertos.

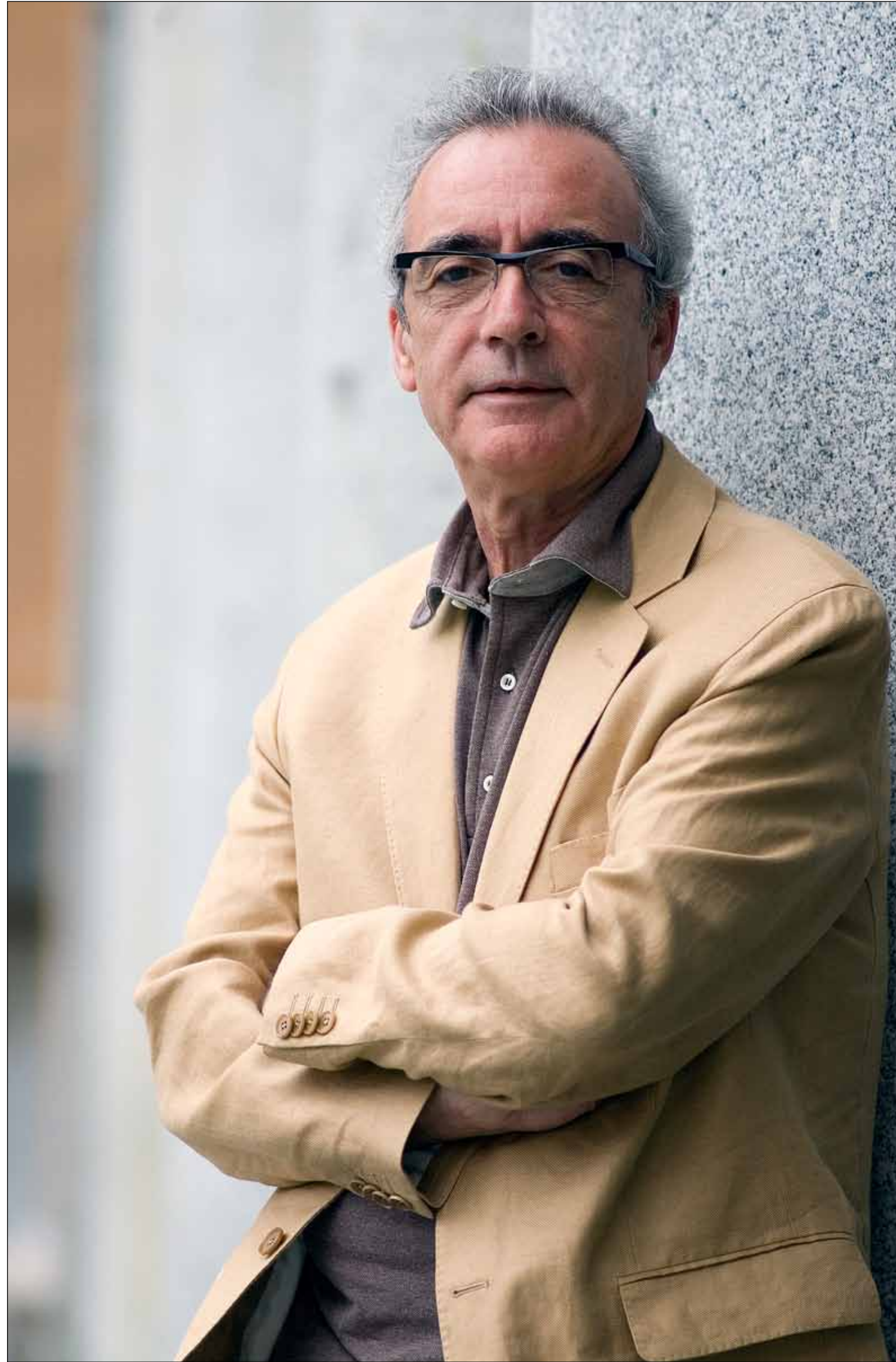
– Eso sería lo lógico. Me sorprende mucho que además se considere que retirarse de hacer reportajes es ascender.

– ¿Será simplemente porque les pagan más?

– Sí, pero el hecho de que te paguen más por no escribir me parece una desgracia.

– La novela *El mundo*, por la que ha ganado el Premio Planeta en 2007, tuvo su germen en un reportaje sobre su propia vida?

– Efectivamente. Por aquellos días estaba yo haciendo una serie de reportajes en *El País Semanal*, a los que familiarmente nos refería-



UNA DE LAS RAZONES POR LAS QUE ME GUSTA EL DICCIONARIO ES PORQUE EL ORDEN ALFABÉTICO ES EL MÁS ARBITRARIO DE TODOS LOS ORDENES Y A PESAR DE ESO ES EL ÚNICO ORDEN CON EL QUE TODO EL MUNDO ESTÁ DE ACUERDO

mos con el nombre "Proyecto Sombra". Consistían en que yo pasaba un tiempo con una persona y luego contaba cómo había sido la experiencia. No es exactamente un "24 horas en la vida de", porque yo dejaba de lado la objetividad y lo hacía pasar todo por mí. Cuando llevábamos tres años haciéndolos, un responsable del periódico planteó cómo podíamos cerrar la serie para que la serie no nos cerrara a nosotros, con la idea de que es mejor dejar las cosas cuando están bien que esperar a que se deterioren. Me propuso entonces hacer un reportaje sobre mí mismo. Al principio me pareció una *boutade*, que tenía algo de broma, pero me fui con la idea en la cabeza y durante los siguientes días la idea no hizo más que crecer. Las semanas posteriores no hice más que observarme, vigilarme y perseguirme como lo había hecho con los personajes con los que había trabajado. Empecé a tomar notas de mis hábitos, de cómo me movía por la calle, de mis ritos... Cuando ya llevaba bastantes notas tomadas me hice una pregunta que solía hacer a mis personajes y era averiguar si había habido un suceso fundacional que explicara por qué cada uno se convierte en lo que es.

– ¿Cuál fue su respuesta?

– En mi cabeza se formó una frase que luego resultaría ser la primera de la novela: "Mi padre tenía un taller de aparatos de electromedicina". Al pronunciar esa frase se me apareció todo el escenario de mi infancia. Vi la casa, el barrio, la calle, a mi padre... Y cuando digo vi, hay que entenderlo de forma casi literal porque sufrí una especie de alucinación donde observé todo aquello con una claridad hiperreal. Hasta el punto de que en ese mismo instante me levanté de la cama del hotel de Barcelona donde estaba y me puse a escribir en las hojas con el membrete del hotel aquellas primeras páginas que yo todavía no sabía que serían una novela autobiográfica, pero sí supe, en ese mismo instante, que ya no serían un reportaje.

– ¿Surgió toda la novela como un torrente?

– La novela ya estaba dentro, porque una vez que se abrió la caja de la conciencia salió sola. Es como si ya estuviera escrita y sólo hizo falta una provocación externa para que se materializara.

– Este libro ha sido especial, pero para el resto de las ocasiones ¿tiene un método de trabajo habitual?

– Trabajo con disciplina todos los días y no es normal que los libros salgan como

TEXTO: JAIME FERNÁNDEZ / FOTOS: J. DE MIGUEL

si nos los hubieran dictado. Pasa sólo con libros muy especiales. Para el resto hay que trabajar todos los días porque no hay otro modo de sacar cosas adelante. A lo mejor los poetas no necesitan esa disciplina, pero desde luego el novelista sí, porque escribir una novela es poner un ladrillo encima de otro. La novela no se escribe a golpes de inspiración, sino a golpes de horario.

– Usted empezó con la poesía. ¿Por qué la abandonó?

– Escribí mucha poesía entre los 18 y los 24 años. Mucha gente lo hace porque es un género perfecto como desahogo emocional y además un buen poema se puede escribir en dos horas. Se puede ser un poeta genial con 20 años, pero no un gran novelista.

– La respuesta a su pregunta sobre la infancia la encontró en el taller de su padre, pero también podría haber estado en la definición de Muerte de la enciclopedia Espasa. ¿Qué tenía aquella entrada que le atrajo al mundo de la literatura?

– Era una entrada fascinante toda ella. Es larguísima y con ella se podría hacer un libro. Contaba multitud de historias, como por ejemplo saber si alguien que ha muerto ha muerto de verdad. Daba métodos fantásticos. Aparte del que todo el mundo conoce de acercar el espejo a la boca del supuesto cadáver para ver si lo empaña, proporcionaba un método más truculento que consistía en acercar una cerilla encendida al dedo gordo del pie y decía que si el dedo se hincha y estalla, está vivo. Lo mejor de todo era el final porque era una historia sobre un individuo de Segovia cuya mujer estaba embarazada y ya casi a punto de dar a luz, pero él tenía que salir de viaje. Cuando estaba a mitad de camino, descansando en una posada, llegaban unos mensajeros y le decían que su mujer estaba muerta. Al regresar ya la habían enterrado. Iba al cementerio y pedía que le abrieran la tumba para despedirse. Al abrirla se escuchó el llanto de un niño que estaba naciendo en ese instante de la madre muerta. El artículo terminaba con esta frase literal, referida a ese niño: "y vivió muchos años, llegando a ser alcalde de Jerez". En alguna ocasión he dicho que esa fue la primera vez que tuve conciencia de estar ante un suceso literario por la ambigüedad del relato, porque no se sabe si es de miedo o de risa. A veces pienso que me he pasado la vida compitiendo con esa entrada.

– ¿Aquella experiencia le convirtió en un lector de diccionarios?

– Me parecen fantásticos y me fascina la precisión con la que se define cada palabra. Además, el diccionario me gusta mucho porque el orden alfabético es el más arbitrario de todos los órdenes y a pesar de eso es el único orden con el que todo el mundo está de acuerdo. No ha habido ningún dictador que haya decidido cambiarlo, aunque sí han hecho otros disparates como cambiar los meses de orden. Que hayamos alcanzado un consenso sobre el orden más arbitrario de todos me hace pensar que quizás el orden alfabético sea una metáfora de todos los demás órdenes que existen.